

J. V. Foix y la descomposición del surrealismo: un texto olvidado

Por LAUREANO BONET

En el semanario *Destino*, y con fecha del 3 de julio de 1948, J. V. Foix publicó una carta abierta bajo el título de «Surrealismo en zapatillas», rúbrica que debió concebir el redactor responsable de la sección «Cartas al Director», lugar donde aparecía tal misiva. Posiblemente se trate del único documento público redactado en lengua castellana por este gran poeta y, hasta dónde sé, no consta en ningún repertorio bibliográfico. Nuestro artículo intentará cubrir ese vacío, recuperando un texto entre combativo y riquísimo en percepciones estéticas: casi una guía de las creencias literarias de J. V. Foix en su más jugosa madurez. Creencias literarias, en efecto, e igualmente alguna convicción entre cultural y civil como son los conceptos (acuñados por el tan polémico Maurras) de *mediterraneidad* bajo la luz grecolatina y *comunidad*, en su acepción de territorio vivo gracias a una lengua, unas tradiciones.

Carta muy severa, qué duda cabe, y réplica al artículo «J. V. Foix y su interpretación del surrealismo», firmado por Juro el 19 de junio del mismo año 48, pieza a su vez nada desdeñable. Pero ¿quién se escondía tras este seudónimo? El crítico teatral Julio Coll, figura puntera de *Destino*, promotor del jazz en la Barcelona de la primera postguerra e inquieto cineasta cuya obra mayor fue *Distrito Quinto*. Ahora bien, no conviene olvidar que el propio Juro contestó a J. V. Foix con otra misiva — fechada el 10 de julio — donde cuenta que su «artículo» fue escrito al calor de una «sabrosa charla» de «tres horas» que le concedió el poeta de Sarrià. ¿Artículo, simplemente? El texto respondería, en realidad, a un modelo periodístico más complejo, puesto que se trata de una hibridación entre reportaje, interviú y ensayismo, en cuyo seno conviven las opiniones del autor y las citas directas, o indirectas, procedentes de los labios de J. V. Foix, unas vertidas al castellano y otras en catalán.

¿El detonante que empujó al autor de *Gertrudis* a redactar su carta? Sin duda el deseo de Juro por fijar una tenaz ecuación entre el surrealismo y la escritura foixiana, aunque —cabe reconocerlo— modere en algún momento dicha táctica. Julio Coll señala que, desde su juventud, nuestro poeta tendió a «escarbar» por «los pozos profundos del subconsciente», en sintonía «con el sistema Breton» y su «secuela» de «automatismos» y «hermetismos». Si bien matice luego —dando la palabra a Foix— que «la oceanografía del subconsciente es más limitada aún que la razón». Sin olvidar, además, y como justificación a esas alegaciones, que en la biblioteca del escritor son muy destacables «las obras completas de Sigmund Freud», a quien los surrealistas definían como su «padre», como bien exclamara Dalí.

Estas y otras observaciones de Juro apuntan a una cuestión literaria muy sensible para Foix: eso explicaría el tono seco, un punto agresivo, que transpira su carta. Señala a ese respecto que «Para cierta juventud *reaccionaria* [...] hablar aún de surrealismo, de freudismo, de Breton, del Dalí paranoico-crítico [...] y de otras materias en descomposición, es, a lo que parece, una novedad». Y añadiendo, acto seguido, que «el tramposo de Juro ha hecho más: ha colocado en mis estanterías las obras completas de Freud». Pero no hay en ellas «ni un solo volumen de Freud». J. V. Foix dice la verdad, pero no toda la verdad, puesto que si nos atenemos a los libros que poseía —al amparo, hoy, de la Biblioteca de Catalunya—, llaman la atención cuatro obras del psicoanalista vienés impresas en el primer tercio del siglo veinte.

A tenor de lo dicho arriba, un reguero conceptual —ciertamente sensible— recorre de principio a fin la carta de J. V. Foix y desvela ese empeño suyo por menoscabar el surrealismo. O sea, el rechazo de la poesía como experiencia anímica, ajena a cualquier brida racionalista y cuestionando, por tanto, aquellos poemas

que pretendan transmitir al lector alguna vivencia íntima. Esas «gelatinas sentimentales», tan exacerbadas por el surrealismo, no van con él, puesto que —avisa en impagable sentencia— «cuando en mis versos de exploración por zonas poco frecuentadas escribo *yo*, quiero decir *nosotros*». Todo eso tiene, a buen seguro, mucha miga. Por un lado remite a Paul Valéry (a quien Foix elogia) y su tesis de que «la ejecución del poema es el poema mismo», siendo el escritor alguien que «se consume» en «construir un lenguaje en el lenguaje».

Y, por otro, revela cómo se acerca Foix a un ideal estético que diversos autores del medio siglo dilatarán al máximo: Gabriel Ferrater, Carlos Barral o J. Gil de Biedma... Sin olvidar a Joan Ferraté, quien, con palabras no menos tajantes, diría en 1950 que el surrealismo segrega una «papilla abocada al fracaso», pues la conciencia está siempre «alerta» a lo largo de la ejecución del poema reprimiendo, así, cualquier vómito sensiblero. En su perenne —y fecunda— tensión entre el *instinto* y la *inteligencia*, logra J. V. Foix acotar las alucinaciones surgidas de la subconsciencia mediante dicho control racional. Sí, el surrealismo en su mayor pureza quedaba atrás, muy atrás. Más tarde, en 1962, siendo yo estudiante de Letras, le hice para un diario barcelonés una entrevista y le pedí algún juicio sobre esa tendencia artística. Pensando quizá en los *urbanscapes* y su revoltijo de luces, sombras, ruidos, me respondió entre ironías: «La realidad ha ido mucho más lejos que la poesía y no nos damos cuenta de ello. La gente de las grandes ciudades vive en un perfecto mundo surrealista que convierte en inútil la metáfora del poeta».

Hasta aquí esta presentación —muy sumaria— de un escrito foixiano que andaba extraviado por las hemerotecas. Todo él está regido por una norma esencial para nuestro poeta: «No *exhibició*, sino *inhibició*». Solo resta añadir que acomodo ese texto a los actuales criterios de la RAE.

Surrealismo en zapatillas
Sr. Director de *DESTINO*

Muy señor mío:

Con el título «J. V. Foix y su interpretación del Surrealismo», en el número 507 de su revista, apareció un artículo firmado con el seudónimo de uno de sus redactores. Su autor se proponía, a lo que parece, dar a conocer mi opinión sobre lo que fue, en vida, este singular movimiento. A la vez, ensayaba de trazar un esbozo muy «expresionista» de mi realidad física y psicológica en una foto al minuto. Agradezco la buena intención pero rechazo el parecido.

Mis contactos con el periodismo y mis simpatías por la libertad de expresión me hicieron siempre benévolo con estas expresiones de los aficionados al comadreo literario, sin compartirlo. Nunca rectifiqué si me afectaban sus errores de perspectiva.

No me refiero al interés periodístico del pequeño ensayo de *DESTINO*, que reconozco, ni a la habilidad estilística de su autor, que aplaudo. Para cierta juventud «reaccionaria», por decirlo así, de aquí, de Burdeos o de Milán, hablar aún de surrealismo, de freudismo, de Breton, del Dalí paranoico-crítico —que no es el de Port Lligat— y de otras materias en descomposición es, a lo que parece, una novedad. Admitimos, pues, que un periodista «brillante» lo aproveche para complacer la insensatez de estos lectores. Mas para que una «Femme assise» de Picasso tenga un real parecido con la mujer sentada que le sirvió de modelo, hay que sacarle las narices del cogote y los ojos de las piernas. Es lo que pretendo hacer con el apunte de Juro; poner la nariz y los ojos en su propia naturaleza por amor del parecido y... porque son los míos.

Debo observar que, si bien no abundantemente, he escrito lo bastante para que, si un singular biógrafo se

interesa por mis inactuales opiniones, recurra a aquellos textos sin preocuparse de los arabescos del mosaico de mis habitaciones. No lo digo con intención polémica. Cuando se puso de moda, hace años, hablar de los escritores en «pantoufles», publiqué unos artículos para censurarla. No me interesaban, ni me interesan, las vidas privadas de los ingenios. Del poeta, los versos; del artista, las realizaciones plásticas; del héroe, del misionero, del moralista, del santo, las obras. No hay en mi biblioteca ni una novela, ni una biografía, ni la historieta de un Dupont en mangas de camisa. Detesto los hombres en zapatillas. Y, con ello, las anécdotas y las confidencias personales que no he tenido nunca con nadie, ni conmigo mismo. En cuanto que son íntimas. No aludo al anecdótico exterior, que es público.

El redactor de *DESTINO*, llevado por un prejuicio literario que yo creía ya extinguido y por un prejuicio estilístico que respeto, ha «necesitado ver» en mi casa no un Sunyer o un Gausachs o un Mompou o no sé cuántos Obiols para su truculento escenario: ha aprovechado las cartitas de Dalí, no las densas de Folguera, de Riba, del mismo admirado Obiols o del Padre Miguel de Esplugas: de mi libro *Sol, i de dol*, que es un ensayo, en la mayoría de sus composiciones, de enlazar la literatura actual con la estrictamente clásica, escritas con abstención de toda literatura moderna, ha aprovechado el primer cuarteto de un soneto escrito hace exactamente treinta años en Sitges, y del cual, junto con algunos más de la misma serie, hago expresas reservas en el prólogo. Pero el tramposo de Juro ha hecho más: ha colocado en mis estanterías las obras completas de Freud, junto con muchas otras. Hay, efectivamente, entre mis libros, muchas obras completas: de Aristóteles, Platón y Plotino hasta los más modernos en filosofía pasando por Santo Tomás. Hay las de mis estoicos y las de los poetas universales. Pero no hay ni un solo volumen de Freud. Ni de Gide. Ni de Cocteau. No que, en parte, no los haya leído, pero me sobran en casa. Y creo decir mucho. En cambio, entre los modernos hay, ostensibles, las luces encendidas y centelleantes en lo alto de los mástiles del bajel en naufragio de nuestra gran cultura mediterránea, que es la de todas, de dos grandes nombres: Maurras y Valéry, maestros de algunos que lo confiesan y de muchas que lo callan.

De conocer mejor mis actividades literarias, el redactor de su ilustrado periódico sabría que yo, como otros entrañables amigos que nos son comunes, he

antepuesto siempre, siguiendo el viejo consejo de nuestro gran Ramón Llull, la cosa común a la cosa singular. Quiero decir: que, como escritor, he estado exclusivamente al servicio de la comunidad, y no al de mis vísceras, ni de mi caso, que no es tal caso, gracias a Dios. Me repelen los poetas malditos, los corazones lacios y las gelatinas sentimentales. Si publico un libro es por creerlo, tal vez erróneamente, de interés general y no por vanagloria. No estoy a mi servicio sino al de la cultura de los míos. Y cuando en mis versos de exploración por zonas poco frecuentadas escribo «yo», quiero decir «nosotros», como advierto en el prólogo de un libro en curso de impresión. Sólo cuentan la verdad y mi comunidad.

En mi breve conversación con Juro no hubo —¡qué va!— confidencia alguna de carácter personal. Y el punto de dureza inflexible que le parece descubrir en mis facciones, de existir, sería contra la maldad, la deslealtad, la injusticia, el impudor y la intolerancia.

Permita, señor Director, que concluya aconsejando a los coleccionistas de zapatillas ajenas que respeten la soledad voluntaria.

J. V. Foix

(*Destino*, nº 569, 3 de julio de 1948, pág. 9).

J. V. Foix. Retrato de Arielli Serpa

